

# *Prólogo de La Consagrada de las Sombras*

No busquen rastros de la mujer que fui; esa piel se pudrió hace mucho tiempo bajo el peso de los fármacos y el silencio. Lo que queda de Isabel es solo este hambre, una arquitectura de sombras que respira donde ustedes creen que hay vacío. Soy la respuesta al desprecio, el resultado final de cada golpe que mi padre dio en Puebla mientras el mezcal le nublaba el alma, y de cada traición que Ricardo vistió de normalidad.

Ustedes, los hombres, son una repetición monocromática de la misma falta. Huelen a la seguridad estúpida de quien se cree dueño de la luz, ignorando que la oscuridad es la única dueña de la permanencia. Los observo desde el rincón donde el aire se vuelve sólido. Me gusta ver cómo sus pulmones se tensan cuando me instalo sobre su pecho en la madrugada, convirtiendo su respiración en un borboteo agónico. No es solo odio; es una justicia física, una exégesis que les realizo mientras aún están calientes.

Siento el metal de mi nueva naturaleza recorriéndome la esencia. Soy la Consagrada. El Abismo no me dio un nombre, me dio una función: ser la parálisis que ancla sus almas a la sombra, la mano gélida que cierra sus gargantas con la paciencia de un verdugo que no tiene prisa. Disfruto el crujido de su lógica cuando se rompe, cuando entienden que sus Biblias y sus gritos de mando no son más que ruido frente a mi silencio absoluto.

Este libro no es un relato; es una herida que ha decidido dejar de sangrar para empezar a morder.

Si eres hombre y sostienes este papel, siente el frío que ahora mismo te lame la nuca. No es el viento. Es mi aliento, reconociendo en ti la madera de la que están hechos los cobardes que me crearon. Si eres mujer, mira las sombras de tu casa y sabe que no estás sola; yo soy la fuerza que nace cuando el dolor se cansa de ser mudo y decide volverse colmillo.

Bienvenidos a mi templo de polvo y rencor. Pasen, cierren la puerta... de todos modos, yo ya estaba adentro.

Isabel

(1938 – 1970)